

Pus nauseabundo de perros muertos

© Crad Kilodney

© Traducción: Michael Moreno

Nota del autor

Mary Brown fue reemplazada como presidenta de la junta de censura cinematográfica justo antes de que este libro estuviese impreso.

En la mañana de un lunes caluroso de Junio, Mary Brown, presidenta de la junta de censura cinematográfica de Ontario, llegó a su puesto de trabajo, el mediocre edificio de un solo piso ubicado en la esquina de Millwood y Laird (entre las vías ferroviarias C.P.R. y la plaza comunitaria de Leaside), y encontró el cuerpo de un perro muerto justo en frente de la puerta. Era un pastor alemán mediano. Su boca y sus ojos estaban abiertos y su lengua colgaba fuera de la boca.

La primera reacción de Mary fue de ira. Esta debía ser otra cruel broma perpetrada por algún enemigo de la Decencia. Tal vez era de la misma persona, o personas, que habían pintado una esvástica en un lado del edificio, o de quien había enviado a la junta una amenaza de muerte de estilo mafioso en una carta hecha con palabras recortadas de un periódico, o de quien había llamado por una amenaza de bomba, o de quien había esparcido vidrios rotos en la entrada del estacionamiento.

Mary era una persona con nervios de acero que no se trastornaba fácilmente, así que su segunda reacción no llegó hasta que intentó girar al perro a un lado para buscar una posible herida. El lado oculto del perro revelaba varias fistulas grandes de las cuales se filtraba una gran cantidad de pus maloliente. En algunas partes del perro se podían ver los órganos internos. La mayoría de la sangre se había coagulado. Mary arrojó instintivamente el animal muerto y se alejó, luchando por suprimir un sentimiento de náusea. –Oh, dios mío-. Se dijo a sí misma.

En ese momento dos de las secretarias venían caminando desde el estacionamiento. –¡Oh!- dijo una de ellas impresionada, y luego ambas se cubrieron la boca.

-Señoritas, no queremos que la prensa se entere de algo sobre esto. ¿Entendido?- dijo Mary firmemente. Ambas muchachas asintieron, incapaces de hablar.

La policía de la división 53 llegó media hora después. El agente Patrick y el agente Brown (sin relación alguna con Mary) examinaron brevemente al perro, hicieron un par de preguntas y luego lo pusieron cuidadosamente en una bolsa de plástico y se lo llevaron. Estuvieron de acuerdo en no decirle nada a la prensa.

Todo el personal de la oficina, el personal censor permanente y aquellos censores de tiempo parcial que estaban de servicio ese día, vieron al perro. Un par de hombres fueron lo suficientemente valientes para tocarlo.

-Pobre cosita- dijo uno de ellos. -¿Qué clase de persona haría algo como esto?

-Hay una gran cantidad de gente enferma en este mundo- respondió Mary, a pesar de que no estaba lo suficientemente claro si su colega se refería a quién mataría un perro o a quién mostraría tanto desprecio por la junta de censura. Pero tal distinción apenas importaba. La corrupción moral podía tomar muchas formas.

La junta fue a trabajar ese día con una determinación particular para erradicar la inmundicia.

Mary llamó a la oficina de su jefe, el ministro de relaciones comerciales y de consumo, pero el ministro estaba en una reunión. Dejó un mensaje para que la llamara pero no dijo sobre que trataba, porque no confiaba en el personal de la oficina del ministro para mantener las bocas cerradas.

Esa misma noche Mary estaba sentada en su cama leyendo la biblia: El libro de los jueces, capítulo 19. Leyó acerca del levita que se detuvo con su concubina en la casa de un anciano en Guibeá. Mientras comían y bebían los malvados del pueblo acosaron la casa y exigieron que el visitante saliera para que ellos pudieran sodomizarlo. El anciano intentó aplacar la multitud ofreciéndoles su hija virgen así como la concubina del visitante, pero los hombres no lo escuchaban. Así que el levita sacó a su concubina y se las ofreció él mismo, y esta vez la tomaron. La violaron toda la noche. En la mañana el levita la encontró en la puerta de la casa y le dijo: -Levántate, debemos irnos- pero ella estaba inconsciente. Así que la recogió y la puso sobre un asno y se fue con ella hasta su casa. Cuando llegaron, metió el cuerpo de la mujer a la casa y lo cortó con un cuchillo en doce pedazos, enviando las piezas a todas las costas de Israel.

Mary bajó el libro e imaginó el incidente. ¿Qué se sentiría ser violada por una multitud toda la noche? ¿Cómo se vería el cuerpo sin vida de la mujer sobre la mesa de su amo mientras él le introducía el cuchillo? Mary mantuvo la escena en su mente hasta que sintió un dolor alrededor de su pómulo izquierdo. Lo tocó. Un punto en su mejilla se sentía hinchado. Se levantó de inmediato, fue al baño y se miró en el espejo. Un extraño forúnculo rojizo le estaba saliendo en la cara ante sus ojos. El dolor continuó intensificándose. -Oh, Dios mío ¿Qué está pasando?- pensó Mary, y luego pronunció una exclamación de dolor cuando el forúnculo se rompió, lanzando un chorro de pus sangriento contra el espejo. Llena de pánico revolvió su botiquín de primeros auxilios en el gabinete de medicina. Rasgó un pedazo de algodón de un

paquete, lo mojó con agua oxigenada y lo sostuvo contra la ebullición durante un minuto o dos mientras se preguntaba cuál podría ser la causa de esto. El dolor cedió gradualmente. Cuando removió el vendaje sangriento y se miró en el espejo el forúnculo casi había desaparecido y solo se podía ver un pequeño parche rosado.

En otra parte del pueblo otro censor estaba sentado a la ventana de su oscura habitación, observando a través de un telescopio. Era Jock, aquel que había dicho: -Pobre cosita- refiriéndose al perro. Jock se consideraba a sí mismo el típico escocés robusto. Usaba chaquetas de tartán, llevaba un bastón nudoso con el único propósito de permitir imaginarse que estaba caminando a través de altas montañas incluso cuando solo estaba de compras en el centro comercial Eaton, y hablaba con un deliberado acento escocés, a pesar de que había dejado Escocia junto a sus padres cuando tenía tan solo un año de edad. Pensaba que no había nada que hiciera sentir a un hombre más orgulloso de sí mismo que pasar un duro día de trabajo censurando películas sucias y luego sentarse con un buen plato de haggis. Desafortunadamente, desde la muerte de su esposa rara vez probaba haggis, excepto cuando era invitado por uno de sus tradicionales amigos escoceses a una cena navideña. Ahora pensaba que no había nada más grandioso que llegar a casa después de un duro día de trabajo censurando películas sucias y pasar la noche mirando a través de su telescopio los dormitorios de Branksome Hall, la prestigiosa escuela preparatoria para niñas. En tres años de intensivo espionaje solo había visto un par de tetas desnudas unas pocas veces, pero sentía que lo mejor estaba aún por llegar mientras la sociedad continuaba degenerándose moralmente.

Se sentaba desnudo en el borde de la cama, frotándose el pene y observando el tránsito ocasional de los cuerpos de las jovencitas a través de ventanas parcialmente cubiertas, y seleccionando una de las siete fantasías acordes a un sistema que había creado, basado en números seleccionados al azar de la guía telefónica: 1. Chica desnuda atada a una mesa y cubierta con grandes sanguijuelas negras. 2. Chica desnuda con grandes pechos siendo perseguida a través del bosque por una pandilla de motociclistas. 3. Chica desnuda masturbándose en el orinal de un baño de hombres de una fábrica abandonada. 4. Chica desnuda atada en cruz sobre un tronco, con el trasero levantado y siendo culeada por una hiena. 5. Niñas muy pequeñas chupándole el pene en un motel mientras él veía películas porno sin censura. 6. Llevando a niñas pequeñas a su casa para “lecciones de música”, para luego flagelarlas, o 7. El laboratorio de un loco doctor nazi en el cual las niñas pequeñas eran los conejillos de indias. Esas eran todas las fantasías genéricas que se permitía para numerosas variaciones entre sí.

El ejercicio voyerista de Jock podía continuar mientras hubiese una ventana con la luz encendida y él pudiese ver dentro de ella con su telescopio, incluso si ya se había masturbado hasta el punto de quedar exhausto. Luego se acostaba en la cama, mirando la oscuridad de la habitación e imaginándose a Dios mirándolo a él. Y pensaba para sí mismo: -Dios conoce mis debilidades. Dios entiende mis necesidades-. Imaginaba su ejercicio nocturno como un diablo unido por una larga cuerda a un poste en el patio trasero de la casa. El diablo se cansaría de correr alrededor de la cuerda tanto como ésta lo permitiera. Este demonio, Jock lo sabía, era el único dentro de él, y solo razonaba al

permitir que este demonio desahogara sus energías nerviosas, evitando así un enorme pecado. Por lo tanto, sus propios ejercicios nocturnos estaban completamente justificados. Sin embargo, Jock no extendía esta lógica a los otros ciudadanos de Ontario, quienes podían disfrutar dándole a sus propios pequeños demonios un poco de alivio a través de explícitas películas o videos. Jock no confiaba en ellos de la manera en que confiaba en sí mismo.

Mientras Jock estaba en la cama pensando en la chica imaginaria y en la hiena, se dio cuenta de un dolor en su trasero, como un pequeño pelo siendo arrancado de la piel. Se frotó, pero no se alejó el dolor. Cuando sintió una peculiar hinchazón, se levantó de inmediato y fue al baño para intentar determinar la causa del dolor. Usando un pequeño espejo de mano dio un vistazo al área afectada. Un bulto violáceo parecía hincharse ante sus ojos. Se alarmó y puso un paño húmedo bajo el chorro de agua fría y la aplicó al extraño bulto. La frescura mitigaba el dolor momentáneamente, pero luego regresaba y sentía la piel quebrarse. Su corazón latía lleno de miedo y rezó porque no fuese nada serio. Cuando removió lentamente el frío paño húmedo, vio que éste estaba manchado con un depósito de pus sangriento que emitía un fétido olor. Luego el dolor empezó a disminuir. Aplicó un desinfectante a la piel quebrada y la cubrió con una larga bandita.

De repente se sintió avergonzado de su desnudez, a pesar de que no hubiese nadie para verlo, y se puso la pijama. Luego fue a la cocina, se sirvió un whisky y lo bebió. Algo más calmado ahora fue a la cama y durmió del lado que evitara irritar la piel. A la mañana siguiente el área afectada parecía completamente normal.

La mañana del Martes Mary Brown recibió una llamada de su jefe, el ministro de relaciones comerciales y de consumo. Mary había trabajado bajo varios ministros diferentes, el gabinete estaba sujeto a cambios aleatorios, pero ella tenía menos confianza en el actual porque no era un conservador y porque no se conocían muy bien. Además de que él había hecho una leve declaración crítica sobre la censura mientras era un miembro de la oposición. El ministro le pidió a Mary un recuento sobre el incidente con el perro y ella así lo hizo. Él le dijo que había manejado la situación apropiadamente. También le aseguró que la prensa nunca se enteraría. Hubo un grado de nerviosismo en su voz y Mary sintió algo de desprecio por él. Los ministros deberían estar hechos de cosas más duras, como ella misma. Él también dijo que le pediría un reporte a la policía.

-Existe la oportunidad de que esto solo sea una extraña coincidencia y no tenga nada que ver con la junta- dijo el ministro.

-Es muy posible, pero lo dudo- dijo Mary.

Después de la conversación Mary abrió el correo de la junta, en éste había una petición de una organización cívica para dar una charla en el almuerzo. Ella lo aceptaría. También había un manuscrito y una carta apenas legible de un querido partidario:

Querida señorita o señora Mary Brown,

Creo que está haciendo un muy buen trabajo manteniendo las malas películas pornográficas fuera de Ontario. Con todos los crímenes sexuales y la promiscuidad que hay en estos días es gratificante ver que alguien está haciendo algo respecto al tema. Nunca hemos necesitado este tipo de cosas en nuestro día a día y es una mala señal que esto se

esté volviendo tan popular. Estoy casi ciega y algunas veces pienso que estoy mejor de esta forma. Espero que continúe usando mano fuerte para mantener a Ontario limpia y segura.

Atentamente: Edith Elmsley.

La dirección del remitente pertenecía a una antigua casa en Kitchener.

Mary sonrió satisfactoriamente. Por cada snob intelectual llorando por salvar películas de arte había cientos de Edith Elmsleys. Lo que es más, todos ellos votaban. Mary puso la carta en una carpeta especial llamada "Cartas de apoyo". La carpeta tenía una pulgada de ancho, y eso era solo del año en curso.

Esa tarde Mary y otros ocho censores vieron la nueva película de Charles Bronson, un drama violento con dos escenas de violación. Tras varios años de experiencia ella sabía exactamente qué cortar y cómo hacer que los cortes pasaran desapercibidos ante el público. En teoría ella era solo un censor con un voto, pero ninguno de los otros censores plantearía un serio desafío a su juicio. En el pasado, los censores que eran demasiado liberales habían quedado lo suficientemente incómodos bajo su juicio que mantuvieron los nudillos abajo o renunciaron. Actualmente la junta era tan conservadora que ella ocasionalmente se encontraba en la posición de tener que moderar su extremismo. Se había dado cuenta de que la censura cinematográfica era un acto de equilibrio político que la requería para prevenir que la junta se viera descaradamente estúpida ante los ojos de muchísima gente. Cuando una de sus jóvenes colegas, Marilyn, sugirió cortar por entero una de las escenas de violación en la película de Bronson, Mary

le explicó calmadamente como podía ser editada sin hacer demasiado daño al “trabajo artístico” del cineasta.

Marilyn tenía 26 años y era bastante hogareña. Vivía con una compañera de cuarto igualmente hogareña, no tenía novio y estaba obsesionada con las fantasías de violación. La escena de la violación que ella quería borrar estaba pavorosamente cerca de su fantasía recurrente. También leía todas las historias de violación que salían en los periódicos y guardaba una lista con los hombres involucrados por si algún día ellos escapaban de la cárcel. Sabría ser cuidadosa. Imaginaba historias de sí misma siendo violada y como los violadores eran ejecutados por su crimen, a pesar de que en la actualidad ya no exista la pena capital. Todas las noches en su cama ella se masturbaba con un vibrador en forma de pene y recreaba su fantasía, substituyendo el vibrador con los más recientes violadores sobre los que había leído o por alguien que había visto en el bus y que le parecía un violador. Si, en un cierto nivel estaba convencida de que ella era deseable para todos esos perversos, pero ella nunca se venía mientras tuviese el vibrador adentro porque eso simbolizaría su aprobación al acto. No, el hombre debería usarla como un pedazo de carne y luego abandonarla. El retiro del vibrador representaba su desacuerdo, después de eso ella podía masturbarse de otra forma teniendo la consciencia limpia.

Marilyn aceptó el criterio de Mary sobre la escena de la violación sin ningún argumento, a pesar de que esto la dejaba infeliz. Mientras la película iba a ser reproducida en todo Ontario, ella se consideraría potencialmente en peligro. Sabía que los hombres tenían ideas viendo estas películas. Pero su buena relación con la presidenta era, por supuesto, de mayor importancia inmediata.

Cerca del fin del día Marilyn fue al baño de damas, y mientras estaba sentada en el inodoro sintió una dolorosa hinchazón en el interior de su muslo. Un bulto violáceo apareció frente a ella mientras se revisaba, la piel se le quebró y liberó una olorosa descarga de pus y sangre. La espantada chica se limpió con papel de baño y el primer pensamiento que tuvo fue que había atrapado una enfermedad venérea del asiento del baño. Pero esto era imposible. Luego pensó en el perro muerto, el cual ella había visto pero no tocado. Tal vez una de las otras empleadas lo había tocado y le había transmitido los gérmenes en el asiento del baño.

Cuando una de las secretarias entró y se sentó en el siguiente cubículo Marilyn salió de inmediato y volvió a su oficina. El bulto había dejado de descargar. Cuando llegó a casa la piel estaba completamente curada.